

medios de aplacarle. Con su misma sangre hizo un balsamo precioso, para que en el sacramento de la penitencia pudiesen ser curadas todas las heridas de tu alma. Con su misma sangre te preparó un caudal inmenso de gracias, que son el tesoro con que puedes satisfacer todas tus deudas, y enriquecerte además para comprar el reino de los cielos.

Solamente se te pide que uses de estos medios, y que, después de conseguir la divina misericordia, tengas constancia en el bien. Con estas facilísimas condiciones se te promete la muerte de los justos. ¿Serás tan falto de juicio, que rehuses adquirir tan gran bien á tan poca costa? Si á un miserable que hubiese padecido naufragio le ofreciesen, no ya un débil fragmento de una tabla para salvar su vida, sino una nave bien tripulada y abastecida, ó un puerto seguro y tranquilo, ¿crees tú que llegaría á tanto su temeridad y locura que los despreciase, perseverando en el riesgo, clamando al mismo tiempo que deseaba salvación? Es seguro que le tendrías por loco, y que te merecería el mas alto desprecio. Pues ahora bien: en estas meditaciones has visto claramente que la muerte del justo es amable, es dulcísima, es apetecible, que esta exenta de aquellos horrores y arrepentimientos que acongojan á los malvados, y les hacen gustar anticipadamente unos dolores y amarguras propiamente de infierno. Has visto que la separación del alma y cuerpo, tomada entre los mortales por el trance mas insoportable y doloroso, es para los justos un instante de gusto, un momento de gloria, un fin de sus trabajos, y un principio feliz de una ventura que ha de durar para mientras Dios fuere Dios. La muerte de los santos martires que celebra la Iglesia en este día te confirma estas verdades, cuando la experiencia de tantos siglos no la probara mas que suficientemente. Pues ¿en qué te detienes que no buscas

todos los medios de procurarte una muerte de esta naturaleza? ¿porqué desde este mismo instante no te has de convertir á Dios, y hacerte amigo del que inevitablemente ha de ser tu juez? Si mañana, ¿porqué no ahora? ¿estará mañana en tu mano producir en tu alma las santas inspiraciones que ahora sientes? No, seguramente: ¡al vez querrás, y no podrás, castigando Dios tu temeridad con la dureza que experimentas. Pues, cristiano, no seas temerario: aprovéchate de los momentos presentes para asegurar un momento feliz, que sea el principio de una eternidad de gloria.

SAN FRUTOS, CONFESOR, PATRON DE SEGOVIA.

En Dios siempre está la justicia acompañada de la misericordia: cuando la primera preparaba á España el mas terrible castigo que se ha visto en el mundo, pero el mas proporcionado á sus excesos, al mismo tiempo la divina misericordia miraba esta feliz region con ojos de piedad, y la preparaba, sino el remedio á sus males, á lo menos un gran consuelo en sus aflicciones. Pocos años antes de la gran devastación de los sarracenos nació en España san Frutos, para que en medio de las turbulencias que habian de padecer los fieles de la bárbara morisma, tuviesen á lo menos un profeta que les acordase á los Españoles la causa de su desolación, contuviese con prodigios el ímpetu furioso de sus crueldades, y aplacase á Dios con sus humildes oraciones. La desgracia y turbación de aquellos tiempos han sido causa de que las memorias de un tan gran varón hayan llegado á los nuestros tan escasas, que apenas se sabe de él otra cosa que lo poco que consta de algunos manuscritos de la iglesia

de Segovia, segun los cuales, la vida de san Frutos se reduce á lo siguiente.

Nació san Frutos en Segovia, ciudad de tan antiguo origen, que no ha podido la curiosidad de los mas laboriosos anticuarios averiguar sus principios. La época de su dichoso nacimiento, atendiendo al año en que murió, y á tener setenta y tres de edad cuando Dios le llamó á mejor vida, se debe establecer en el de 642, primero del reinado de Chindasvinto, y á la sazón que en la provincia cartaginense presidia Eugenio II, metropolitano de Toledo. No se sabe el nombre de sus venturosos padres; pero de las costumbres de sus hijos se deduce que eran cristianos piadosos, pues dificultosamente pudiera verificarse en tiempos tan corrompidos, que tres hermanos tuviesen á un mismo tiempo el pensamiento santo de abandonar el mundo, si en su crianza no les hubiesen inspirado sus padres un profundo desprecio de las cosas temporales. Por conjetura sabemos que fueron gente bien abastecida de bienes de fortuna, y que, dejando tres hijos en una edad bastante adulta, pagaron el comun tributo de la naturaleza. Los otros dos hermanos de Frutos se llamaban Valentin y Engracia, y todos tres vivian en Segovia, ejercitándose en obras de caridad y en cuanto prescribe el Evangelio para la propia santificacion. Era el tiempo en que, concertados mutuamente el pueblo y los soberanos de España, habian echado el sello á la última abominacion. Toda la gente estaba entregada á la corrupcion de sus pasiones: la principal ocupacion de los Españoles en aquel tiempo desdichado era el desórden y los delitos: las leyes sin vigor y sin aprecio yacian despreciadas. Hasta los eclesiásticos, olvidados de su profesion, y de que Dios ha puesto en sus manos las almas de los demás hombres, para que las enseñen con su doctrina, y las edifiquen con su ejem-

plo, habian prostituido todas sus obligaciones y la santidad del sacerdocio, provocando las iras del cielo hácia la manchada tierra que los sostenia.

Frutos lloraba incesantemente en compañía de sus hermanos los públicos delitos. Cuanto era de su parte, procuraba recompensar con santas obras los innumerables males en que estaba sumergida su ciudad y toda la provincia. Pero como siempre son contrarias las tinieblas y la luz, ni puede sufrir Satanás que se le interrumpa la dominacion, cuando llega á tiranizar un miserable reino, padecian los tres santos hermanos grandes contradicciones. El mundo, siempre enemigo de los siervos de Jesucristo, los perseguia cruelmente; y no podia sufrir unas obras que mudamente le argüian de todas sus iniquidades. Frutos, como el mayor de sus hermanos, les propuso el medio de servir á Dios con la mayor tranquilidad, burlándose al mismo tiempo de cuantos enemigos habian declarado guerra á su virtud. Representóles que los bienes que poseian, aunque despreciables en su estimacion, eran sin embargo unas cadenas que los tenian atados, precisándolos á residir en Segovia, viviendo entre los peligros de tantas abominaciones: que era preciso romper de una vez estas cadenas, poniendo por obra la máxima del Evangelio, que aconseja que se vendan los bienes temporales, se reparta á los pobres el precio, y libre de ellos se siga á Jesucristo. Esta propuesta logró la aceptacion de Valentin y Engracia, quienes, como Frutos, no tenian otro interés en este mundo que el de su salvacion, y el procurarla por todos los medios posibles. Pero no habian tratado qué sitio deberian escoger para su residencia despues de vendidas sus haciendas y abandonada la ciudad. Propuesta esta duda, y reflexionados por nuestro santo los innumerables escollos que habia en toda poblacion, y la dificultad de evitarlos

en la actual constitucion de las cosas, resolvieron irse á un lugar desierto á hacer vida eremitica, y á acabar el resto de sus dias en compañía de las fieras, menos temibles á la sazón que los mismos hombres. Establecida esta resolucion, vendieron todos sus bienes, los repartieron á los pobres; y desembarazados de su peso, quedaron mas expeditos para emprender el áspero y empinado camino que conduce á la región de la vida.

Saliéronse de Segovia, y caminando á pié hácia la parte del Norte, anduvieron como unas diez leguas, encaminándose siempre á un asperísimo desierto, que está á orillas del rio Duraton. Cerca de este sitio existe hoy un convento de religiosos franciscos con la advocacion de Nuestra Señora de la Hoz, tomando este nombre de una vuelta que hace el rio, con la cual forma la figura de aquel instrumento. A poca distancia comienza el terreno á cubrirse de tanta aspereza, lleno todo de peñas altísimas y quebradas, que el solo aspecto causa terror al mas alentado. Conforme se iba presentando á los ojos de los tres santos hermanos tanta escabrosidad y horror, iba tambien logrando este desierto una interior aceptacion y aprecio dentro de sus corazones. Marcaron aquel sitio por acomodado á sus ideas, y le destinaron para teatro de la vida celestial que habian determinado emprender. Siendo preciso separarse, porque Engracia, aunque hermana de los dos santos, era al fin mujer, y de consiguiente poco á propósito para hacer la vida eremitica, eligieron lugares separados en donde fabricar unas pobres ermitas, que les sirviesen de habitacion y de oratorio. A Engracia le dispusieron la suya en el sitio menos áspero, donde el risco comenzaba á levantarse. No lejos de allí á un lado de la de Engracia construyó la suya Valentin; y Frutos, como mas esforzado que sus hermanos, subió á la cumbre de la

montaña, y eligió para sí el sitio de mas elevacion, de mas horror y de mas aspereza. Esta es la distribucion que señala Colmenares, quien afirma que en aquellas alturas se conserva una fuente, que las gentes comarcanas llaman de San Frutos, persuadidos de que el santo la hizo brotar por especial virtud del cielo.

Del fervor que les hizo abandonar su casa, vender su patrimonio y distribuirlo á los pobres, y venirse á un desierto tan espantoso, se deja inferir cuál seria el tenor de vida que emprenderian aquellos ermitaños. La sola vista de aquellas fragosidades anuncia la penitencia, aspereza y mortificacion en que vivian. Su ayuno era continuo, sin permitirse otro alimento que las yerbas silvestres que producian aquellas breñas, ni otra bebida que el agua de los arroyos, que frecuentemente se mezclaba con sus lágrimas. Su lecho era el duro suelo, y de almohada servian las piedras. A estas mortificaciones añadian las del cilicio y disciplina; y cuando el sueño debia reparar las debilitadas fuerzas con algun alivio, entonces los santos se mantenian en vigilia, enviando suspiros al cielo, no solamente por sus propios pecados, sino por los de todo el mundo. Fija su vista en los desórdenes que oprimian á España, derramaron abundantes lágrimas, pidiendo al Señor la mirase con ojos de misericordia, y no permitiese que una region predilecta, que habia merecido desde el principio sus paternos cuidados, las distinciones de su Madre santísima y la predicacion de uno de sus apóstoles, fuese finalmente sumergida en el abismo de sus iniquidades. La justicia de Dios es tan saludable como su misericordia. Su sabiduria, que es infinita, no puede errar los medios de la correccion y del castigo; y cuando permite á los malos que apuren el vaso de su abominacion, no es tanto para vengar los derechos de su Majestad ofendida, como para sacar de allí mayores provechos.

Mientras los santos oraban fervorosamente por los pecados de los demás hombres, y pedían á Dios pudiese término á los delitos en que estaba anegada España, el Señor había permitido que vencido su rey pagase su deshonestidad y cobardía, y que toda la península tuviese que recibir el yugo de la nación mas carnal y mas bárbara. No solamente habían subyugado los sarracenos las Andalucías, sino que, adelantando sus conquistas, habían llegado á apoderarse de la ciudad de Segovia y sus contornos.

Muchos cristianos, huyendo su furor, y no encontrando asilo contra él sino en las montañas ásperas y lugares inaccesibles, se refugiaron á aquel sitio solitario en donde habitaba Frutos. Allí les refirieron las calamidades que padecía España: como toda ella había caído en manos de una gente feroz que profanaba los templos, se burlaba de los misterios, degollaba los sacerdotes, deshonoraba las mujeres, violaba las vírgenes, y hacia un horrible destrozo en cuanto encontraba por delante. Los santos solitarios lloraron en compañía de los demás cristianos tanta miseria y desventura, y uniendo todos sus votos y gemidos, hacían oración á Dios, diciendo: *No entregueis, Señor, á una gente bestial unas almas que confiesan tu santo nombre; ni te olvides para siempre jamás de la vida miserable que viven los fieles humildes que profesan la pobreza de tu Evangelio.* Poco tiempo les duró á los fugitivos la seguridad y consuelo que les daban aquellas soledades; porque, apoderados los bárbaros de aquellos contornos, llegaron á descubrir á los solitarios, y á los que se habían refugiado á aquellas asperezas. Juzgáronse todos perdidos, pues no podían prometerse otra cosa de una gente ensoberbecida con las victorias, que la esclavitud ó la muerte. Llegáronse á Frutos los cristianos implorando su protección, en la firme confianza de que el cielo los ayudaría por su mediación con

mas poderoso socorro que el que les pudiera prestar un numeroso ejército. Su confianza no fué vana, pues quiso el Señor acreditar con un maravilloso prodigio con cuánta complacencia ostenta su poder en beneficio de sus siervos, y cuántas atenciones le merece una firme y humilde confianza. San Frutos, lejos de intimidarse al ver que estaba rodeado por todas partes de mahometanos, ni abatir su corazón con los clamores y desventura de los cristianos fugitivos, había concebido el proyecto mas arriesgado que puede caber en humano pecho. Era este nada menos que el intentar convertir á los sectarios de Mahoma, pretendiendo que abjurasen su secta carnal y abrazasen el cristianismo. Para este efecto, les hacía frecuentes y vigorosas exhortaciones, proponiéndoles lo brutal de su superstición, y las racionales leyes que había promulgado Jesucristo. Este empeño llegó á irritar de tal manera á los mahometanos, que determinaron quitar la vida á Frutos, y á todos los que con él habitaban aquellas fragosidades, para dar de este modo alguna satisfacción á su gran profeta, á quien juzgaban altamente ofendido. Señalaron día para la ejecución de tan inicuo proyecto; y al tiempo que se acercaban á la celdilla en que habitaba Frutos, les salió este al encuentro, bien persuadido de que venían con intento de quitarle la vida, pero al mismo tiempo con grandes deseos de sacrificarla por Jesucristo. Sin embargo, le dolía sumamente el ver que su muerte sería principio de la desolación que padecerían todos cuantos se habían refugiado á aquellas breñas. Y haciendo sacrificio de la gloria que le podría resultar de dar su vida en defensa de la fe al amor que tenía á sus prójimos, quiso antes conservar á estos su seguridad, que alcanzar la laureola del martirio. Luego que tuvo á los mahometanos delante de sí, armados con picas y lanzas para quitar la vida á una tropa de cristianos, que, como ove-

jas delante del lobo, habian venido amedrentados á guarecerse de san Frutos, juzgó que debia invocar el santo poder de Dios, y dar á conocer á aquella gente proterva, que hay un Dios en el cielo que sabe vengar sus ultrajes. Mandóles que se detuviesen en el nombre de Dios, y que no pasasen adelante de una raya que con el báculo hizo sobre una gran peña. Antes que los bárbaros pudiesen manifestarse desobedientes á este precepto, quiso contenerlos el cielo con una maravilla inaudita. Por la misma raya que habia señalado san Frutos se abrió el peñasco, formando una profundidad grandísima, que separaba los Moros de los cristianos, y dejaba á estos libres y seguros de la furia de los primeros. Con este prodigio los Moros volvieron atrás de su intento, y los cristianos quedaron nuevamente persuadidos de la grandiosidad de Frutos, y de lo mucho que el cielo le favorecia. Este prodigio está comprobado no solamente con los documentos de la santa iglesia de Segovia, sino con la vista ocular del mismo hecho; pues hasta el día de hoy permanece la misma peña dividida, y perpetuado el milagro, llamándose aquella rotura *la cuchillada de san Frutos*.

Los Moros cobraron gran terror al santo, al paso que los cristianos le tributaban nuevo respeto y veneración, haciéndose así famoso su nombre á proporcion de sus virtudes. Estas crecian cada dia mas, porque el santo las aumentaba con la oracion, penitencia y todo género de ejercicios piadosos, y además de esto, con infinitos trabajos que empleaba en la salud de sus prójimos. Quiso Dios premiárselos llamándole para sí, y aunque no constan, como sucede de otros santos ermitaños, las particularidades que precedieron á su muerte, se debe creer que se armaria con los santos sacramentos de la Iglesia para entrar en la última lucha con el enemigo comun. Se sabe, si

que salió de ella victorioso, y que, siendo de edad de setenta y tres años, lleno de trabajos y merecimientos, le llevó Dios á darle el premio de su gloria el día 25 de octubre del año del Señor de 715. Honró el Señor á su siervo con varios prodigios; pues varias personas que tenian enfermedades incurables, solo con tocar sus sagrados despojos fueron repentinamente sanas. Luego que el santo espiró, procuraron sus santos hermanos Valentin y Engracia amortajarle segun les permitia su pobreza; y dándole sepultura en la misma ermita en que habia vivido, se retiraron á otra cerca de Caballar, en donde murieron martirizados por los Moros, segun testifica Mondejar. Los cuerpos de estos tres santos se conservaron en la ermita de san Frutos, venerados de los cristianos hasta el siglo XI, en que el rey don Alfonso el VI, habiendo ahuyentado la morisma de todos aquellos contornos, y viendo como de dia en dia se aumentaba el culto de san Frutos y sus hermanos, dió la ermita al monasterio de Silos para que la cuidase con el esplendor que á tales santos convenia. Restaurada Segovia, y restituida á su dignidad pontifical, solicitaron y alcanzaron por medio del arzobispo de Toledo don Bernardo que el monasterio de Silos les concediese la mitad de las reliquias de estos santos, lo cual se verificó en el año de 1125. Recibiéronlas los Segovianos con increíble júbilo de sus almas, manifestando en la pompa exterior cuánto gozo recibian en la posesion de sus santos compatriotas. Guardaron el tesoro de tal manera que con el tiempo llegó á perderse la memoria del sitio determinado en donde se custodiaban tan preciosas reliquias. Este olvido causaba suma afliccion en los ciudadanos, hasta que, hecho obispo de aquella iglesia don Juan Arias de Avila, natural de la misma ciudad, quiso Dios premiar su piedad y zelo con el descubrimiento de tan precioso tesoro. Este

venerable obispo publicó ayunos y rogativas; y yendo despues en compañía de algunas dignidades y prebendados de la iglesia á hacer la investigacion, uno de los artifices advirtió un hueco en el altar de Santiago. Lleno de alegría, metió la mano, y comenzó á gritar inmediatamente clamando que se le abrasaba. Acudieron todos sobresaltados; pero la turbacion se convirtió bien pronto en alegría. El obrero que tenia un dedo de la mano sin movimiento, le sacó perfectamente sano. Toda la iglesia se llenó inmediatamente de una fragancia celestial, y á este gozo se siguió la invencion de las sagradas reliquias, las cuales se colocaron en lugar decente, haciendo Dios continuas maravillas por su intercesion, y manifestando de este modo cuán maravilloso es en sus santos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Crisanto y su mujer santa Daria, mártires, quienes, despues de los muchos tormentos que padecieron por Jesucristo bajo el prefecto Celerino, fueron por orden del emperador Numeriano echados en un arenal de la via Salaria, donde los enterraron vivos cubriéndolos de piedras y de arena.

Tambien en Roma, la fiesta de cuarenta y seis bienaventurados soldados, quienes, bautizados juntamente por el papa Dionisio, fueron luego degollados de orden del emperador Claudio, y sepultados en la via Salaria con otros ciento veinte y un mártires, entre los cuales se contaban cuatro soldados de Jesucristo, Teodoro, Lucio, Marcos y Pedro.

En Soissons de Francia, san Crepino y Crepiniano, nobles romanos, mártires, quienes, en la persecucion de Diocleciano, bajo el presidente Ricciovaro, consiguieron la corona del martirio siendo decapitados des-

pues de haber sufrido horribles tormentos. Sus cuerpos fueron en lo sucesivo llevados á Roma, y enterrados con pompa en la iglesia de San Lorenzo *in pampeniá*.

En Florencia, el suplicio de san Miniato, soldado, quien, combatiendo valerosamente por la fe de Jesucristo bajo el emperador Decio, fué coronado con un noble martirio.

En Torre en Cerdeña, san Proto, presbitero, y san Januario, diácono, mártires, quienes, habiendo sido enviados á aquella isla por el papa san Cayo, fueron inmolados en tiempo de Diocleciano bajo el presidente Barbaro.

En Constantinopla, el suplicio de san Martirio, subdiácono, y de san Marciano, chantre, que fueron sacrificados por los herejes bajo el emperador Constantio.

En Roma, san Bonifacio, papa y confesor.

En Perigueux en Francia, san Fronte, quien, habiendo sido consagrado obispo por el apóstol san Pedro, convirtió á Jesucristo con el presbitero Jorge una muchedumbre de Franceses, y murió en paz, célebre en milagros.

En Bresa, la fiesta de san Gaudencio, obispo, de notable erudicion y santidad.

En Javoux, hoy Mendo en Gevaudan, san Queli, obispo.

En Gap, san Demetrio, obispo.

En Turena, san Epen, mártir.

En Amblis en el Berri, san Tucarto, confesor.

En Bayeux, san Lupo, obispo.

En Laon, san Susino, presbitero.

En Vaison, san Teodosio, obispo.

En Quimperlé en Bretaña, san Goisenou, obispo.

En Ivrea en el Piamonte, san Tiel, mártir.

En Buitrago en Castilla la Vieja, san Frutos, confesor.

En Alemania, el venerable Rutardo, monje.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Adesto, Domine, populo tuo:
ut beati Fructi confessoris tui
merita præclara suscipiens,
ad impetrandam misericordiam
tuam semper ejus patrocinii
adjuvetur. Per Dominum nos-
trum....

Dad, Señor, favor á vuestro pueblo, para que, imitando los ejemplos admirables del bienaventurado Frutos, vuestro confesor, sea ayudado con su patrocinio. Por nuestro Señor...

La epístola es del capit. 45 del libro de la Sabiduría, y la misma que el día III, pág. 57.

REFLEXIONES.

Cuando un hombre corresponde de tal manera á la gracia que llega á cautivarse del amor de Dios, este Señor le ensalza de manera y le colma tanto de sus dones, que no parece sino que le saca de la esfera de hombre; y que se verifica literalmente lo que dice el salmo de los justos: *Vosotros sois dioses é hijos todos del Excelso*. Los elogios que el Espíritu Santo tributa á Moisés en la epístola de este día, y que la Iglesia aplica á san Frutos, es una prueba convincente de esta verdad. Cuando no se verificara de la soberana virtud de la gracia otra cosa mas que lo que contienen las primeras palabras, era bastante para conocer su ilimitado poder la profusion de gracias que derrama Dios sobre sus siervos, y la alteza á que suben estos con solo cumplir la ley santa del Señor: *Moisés*, dice, *fué amado de Dios y de los hombres, y su memoria está en bendicion*. El mismo elogio se aplica á san Frutos, y á uno y á otro se le conciliaron justamente sus

obras. Pero ¿quién no ve en esto mismo el dedo poderoso de Dios? porque ¿cuánta dificultad no incluye en sí el ser á un mismo tiempo amado de Dios y de los hombres? ¿por ventura, estuvieron estos jamás de acuerdo con la voluntad de su Dios, agradándose de lo que se agrada, y aborreciendo lo que aborrece? ¿no es cierto que el pensamiento y las inclinaciones del hombre van al mal desde los primeros momentos de su vida, y que Dios es el justo, el santo y el bueno por esencia?

Todo esto es verdad; pero á las reflexiones dichas se satisface con una de dos respuestas, en que se deja ver igualmente la gran bondad de Dios para con sus siervos. Él les concede el privilegio singular de tratar en este mundo con los hombres de buena voluntad, de que conozcan el fondo de su virtud, y de que le amen segun su mérito. En medio de la corrupcion de que está inundada la tierra, se reserva el Señor ciertas almas, á quienes previene con su gracia, y le son fieles en todas las ocurrencias de la vida. Estas aman á Dios y todo cuanto le pertenece. Por eso, el justo, que es amado de Dios, es tambien amado de los hombres, quienes llenan de bendiciones su memoria. De otra manera, puede desatarse la dificultad igualmente gloriosa á Dios y recomendable para sus siervos. En dos cosas principalmente, dice el Espíritu Santo, que consiste la santidad del justo que elogia la epístola de este día, conviene á saber, en la fe y en la mansedumbre. Por lo que toca á la fe, están llenas las escrituras del viejo y nuevo Testamento de sus elogios y de sus prodigiosos efectos. Con ella se hizo Abrahan tan humilde y obediente, que sin desplegar sus labios iba á sacrificar á su hijo unigénito. Por la misma desafiaba Elías todo el poder de los reyes, y se burlaba de las astucias de los sacerdotes gentiles. Al primer aspecto ni uno ni otro po-

dian causar en los hombres sino cierta especie de terror, porque le infunden realmente el haber de degollar á su propio hijo, y el llover fuego del cielo y devorar un buen número de soldados. Pero la mansedumbre, aquella virtud que nace, no de la natural templanza de los humores, sino de un gran fondo de caridad, es amable de todos los hombres. No hay protervia ni malignidad que resista á la beneficencia de un hombre manso y verdaderamente caritativo. Aquella compasion que manifiesta de las desgracias de su prójimo; aquel disimulo de sus defectos; aquel zelo activo con que pretende socorrer todas sus necesidades; aquel deseo sencillo, en fin, de su salvacion, y de que logre todos los bienes, son unos motivos de amor y de gratitud á que no puede resistirse el hombre que por la depravacion no ha llegado á convertirse en fiera. Por tanto, el justo debe ser amado de Dios y de los hombres.

El evangelio es del capitulo 19 de san Mateo, y el mismo que el dia III, pág. 59.

MEDITACION.

SOBRE LOS BENEFICIOS Y PROVECHOS DE LA VIDA SOLITARIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que de apartarse del mundo, y separarse á vivir con solo Dios, resultan, no solamente la propia santificacion, sino la utilidad de tus prójimos, y el hacerte terrible á las mismas potestades infernales.

El Espíritu Santo dice: *Que el que anda entre la pez, necesariamente ha de recibir alguna mancha de ella.* De aqui se arguye que los negocios y bullicio del siglo contaminan el espíritu, y ponen varios impedi-

mentos para conseguir la salud eterna. La recta razon infiere desde luego que en la soledad se ha de hallar todo lo contrario. Asi es en la realidad, y asi lo experimentaron los santos. Considera un Moisés en el desierto, y verás cuántas cosas le enseña allí el espíritu del Señor. En solos cuarenta dias, dice san Ambrosio que se retiró del tráfigo del mundo, aprendió aquella sublime ciencia de dar leyes á un pueblo numeroso: aquella discrecion para juzgar acertadamente en los casos mas arduos: aquella severidad que tenian los poderosos reyes de la tierra, y aquella mansedumbre que le hacia amado de Dios y de los hombres. En el desierto consiguió aquel resplandor que adornaba su rostro, y que era un simbolo de las soberanas luces que habia adquirido su alma. Allí mismo se le apareció el Señor, le comunicó sus designios en orden á libertar el pueblo de la tiranía de Faraon, le eligió á él por caudillo, y puso en sus manos la virtud de su omnipotencia, para que pudiese confundir los encantos de los magos y la contumacia del rey con prodigios inauditos. De la misma manera vemos á san Juan Bautista que desde niño deja los regalos de su casa, las comodidades de la poblacion, y se retira á un desierto á vivir una vida áspera y penitente. Allí adquirió aquella santidad sublime, tan recomendada por el mismo Jesucristo, que llegó á ensalzarla sobre la de cuantos habian nacido de mujeres. De alli sacó aquel espíritu terrible con que reprendía y amenazaba á los escribas y fariseos, llamándolos simiente de viboras; y á Herodes diciéndole con una fortaleza inaudita: *No te es licito tener la mujer de tu hermano.*

Solo el ejemplo de estos santos manifiesta suficientemente los grandes provechos que resultan de la soledad, tanto en orden á la propia santificacion, como para utilidad de los prójimos. Pero la razon misma lo